

Eduardo Rey Tristán y Pilar Cagiao Vila (coords.), *Conflicto, memoria y pasados traumáticos: El Salvador Contemporáneo*, Santiago de Compostela, USC, 2011, 325 pp., ISBN: 978-84-9887-383-2.

MANUEL ANDRÉS GARCÍA

Roque Dalton afirmaba en uno de sus poemas que la violencia en El Salvador no sería tan solo la partera de la Historia sino la mama del niño-pueblo. Pese a los años transcurridos las palabras del poeta siguen constatándose, a día de hoy, como una verdad trágica que se hace palpable en la cotidianidad del país al igual que en una sociedad todavía en tránsito de superación de su pasado más reciente.

No son usuales en el panorama académico español los trabajos sobre El Salvador. Por eso sorprende gratamente una obra que, partiendo del estudio de las distintas situaciones de conflicto y violencia de la contemporaneidad americana, acaba por incidir – con el caso salvadoreño como motivo principal y trasfondo – en una vía de rabiosa actualidad como es el estudio de los pasados traumáticos, la definición del concepto de memoria y la trascendencia de lo pretérito en las sociedades presentes.

En las últimas décadas hemos sido testigos de cómo la rememoración de la violencia y sus horrores ha ido imponiéndose, con resultados dispares, en los imaginarios colectivos de aquellos países víctimas de conflictos internos. Las comparativas entre los mismos, la disparidad de sus trayectorias e incluso las polémicas en torno a las “*memorias oficiales*” frente a las “*memorias populares*” han generado suficientes discusiones como para considerarlas un campo habitual de debate dentro de las ciencias sociales y a América Latina uno de sus escenarios por excelencia. Así se explica que una obra como ésta, centrada en El Salvador, acoja a su vez análisis de otros casos como el español o el chileno, o reflexiones sobre los efectos de esos “*pasados incómodos*” en las sociedades afectadas. Es ésta una perspectiva adecuada si tenemos en cuenta – parafraseando a dos de los articulistas – cómo los procesos históricos contemporáneos guardan cierta unidad temporal en términos de barbarie, inhumanidad o deshumanización, pero también en cuanto a la coincidencia en los diferentes países de un enfrentamiento abrupto de difícil superación entre las distintas interpretaciones del pasado si no, en los casos más complejos, entre las “*memorias de denuncia*” y las “*memorias de elogio*”. En todo caso, hablemos de uno u otro modelo, el texto evidencia – con los correspondien-

tes matices según el caso – la existencia de distintos grupos interesados en hacer prevalecer su propia visión del pasado, con la subsiguiente reivindicación de memoria u olvido conforme a la facción a que nos refiramos. Es en tal tesitura que se subraya la importancia del trabajo historiográfico; la necesaria implicación del historiador desde el rigor para rebatir aquellos discursos que imponen la omisión o la tergiversación como respuesta y terminar con los silencios que dificultan la coexistencia social por generaciones.

A diferencia de lo que acontece en otros países latinoamericanos como Chile, Argentina o Uruguay – donde el debate se centra en los años sesenta, setenta y ochenta – en El Salvador la polémica se remonta prácticamente a la revuelta de 1932 y sus prolegómenos. No es ésta la única diferencia resaltada por los autores. Mientras en los países del Cono Sur los análisis giran indefectiblemente alrededor de unas dictaduras militares que se elevaron por encima de toda ley para sumir a sus países en la represión, la violencia y el miedo, en El Salvador las discrepancias se advierten incluso para definir la naturaleza del alzamiento. Levantamiento campesino; rebelión comunista; revuelta indígena..., las lecturas en torno a la insurrección y sus causas son tan numerosas como variadas, con enfoques que van de la Sociología al Derecho, pasando por la Antropología, la Economía o, como no, la Historia.

Tal amplitud de perspectivas revela la importancia otorgada al levantamiento dentro de la obra, siendo descrito como un hito que marcó la evolución política de El Salvador a corto, medio y largo plazo. A corto porque la represión del movimiento, además de ser sumamente cruenta – no hay acuerdo en las cifras pero se habla de entre diez y veinticinco mil muertos – vino acompañada de una severa restricción de las libertades públicas y la consolidación de no pocos mecanismos de control social, político y económico. A medio y largo plazo porque la campaña mediática desarrollada a raíz de los sucesos sumió a la sociedad en un clima de histeria colectiva y paranoia que favoreció el surgimiento de un discurso nacionalista sin más razón de ser que un furibundo anticomunismo, así como la creación de una *leyenda negra* en torno a la revuelta en la que los indígenas serían presentados como víctimas de los engaños comunistas, arrogándosele a los militares el rol de salvadores de la patria frente al comunismo internacional.

El libro señala como consecuencia directa de los acontecimientos de 1932 la instauración de un autoritarismo concretado en seis décadas de dictaduras o de gobiernos condicionados por los militares. No fue ajena a ello la alianza tácita que se establecería entre militares y oligarcas para compartir el poder, al punto que – salvo en el puntual episodio de la Guerra de las Cien Horas, en 1969 – el Ejército salvadoreño fue contemplado por la sociedad como una institución represora más preocupada por sostener los intereses de la oligarquía cafetalera que los del propio país. Tal percepción se vio complementada con una aceptación casi natural de la violencia como medio legítimo de defensa de las ideas. Una idea que,

si bien hunde sus raíces en la independencia, se vio sustancialmente reforzada en estos años, manifestándose en una oposición política dispuesta a tomar las armas contra el gobierno, la conformación de grupos paramilitares con un importante componente civil o la participación de estos últimos, aun de forma intermitente, en labores de control y represión.

Es ésta una situación abordada en el escrito desde diferentes ángulos, ya sea a través de sus precedentes – el capítulo sobre la violencia decimonónica en el país sería un buen ejemplo de ello – o con reflexiones de distinto tipo en torno al conflicto entre las Fuerzas Armadas y el FMLN. La complejidad del asunto puede vislumbrarse en cuestiones pendientes de resolver veinte años después de finalizado el enfrentamiento. Interrogantes como los que encabezan uno de los artículos – “*¿Es la justicia el precio de la paz?*” – resultan tan controvertidos como ineludibles. Análisis como el centrado en los actores de la guerra civil salvadoreña nos permiten conocer la heterogeneidad de las distintas facciones; diferenciar sus intereses, motivaciones y objetivos y comprender la evolución de sus componentes. Comparativas como la realizada por Ralph Sprekens entre Roberto d’Aubuisson y Schaffick Handal – o, más correctamente, del recuerdo que guardan y transmiten de éstos sus partidarios – es un buen toque de atención para entender la trascendencia del trabajo historiográfico bien hecho frente a la manipulación y el maniqueísmo.

En resumen, un sugestivo trabajo que, tomando la historia reciente salvadoreña como argumento principal y referente, perfila temáticas de interés general como la violencia institucional; las transiciones y sus costos; la confrontación de las memorias o el papel a jugar por las ciencias sociales frente a los pasados traumáticos. En palabras de sus coordinadores, un buen intento de comprender y esclarecer algunos de estos pasados a fin de “*mirar con esperanza el tiempo que está por venir*”.